

tra naturaleza, porque la formó El mismo, y le ha impuesto la obligación de la continencia; siendo como es infinita justicia y santidad. Es, por tanto, imposible que no pueda guardarse con su socorro divino. Quien no la quiera guardar, no se queje de Dios ni inculpe la naturaleza; duélase de sí mismo si no se ha refrenado, como querian de acuerdo la naturaleza y la gracia.

## CAPÍTULO XV

### Virtudes nuevas.

I. Pátria.—II. Bailes y teatros de caridad.—III. Sociedad protectora de los animales.

Ciertos amadores de novedades no se cimen á destruir con sus sofismas las virtudes antiguas, segun el Evangelio, é inventan otras flamantes, que sustituir quisieran á las de Cristo. Entre ellas especialmente se halla el amor á la pátria, hasta el punto de que muchos que no tienen fama de ser grandes amadores de las virtudes, no sufririan que se pusiera en duda este su heroismo. Tan adelante se va, que todo crimen, con tal que se cometa por amor á la pátria, sobre reputarse lícito, considérase accion virtuosa. ¿Qué hay de verdadero y de honrado en tal nueva virtud? ¿Qué hay en ella de reprobable? Lectores, gustosamente añadiré yo algunas líneas para desvanecer las nubes que ofuscan á ciertos pobres cerebros, y para que sepais á qué ateneros.

I. Pátria.—La caridad, virtud nobilísima sin duda, debe ordenarse de modo que se ame á cada cosa segun el título que tiene á nuestro amor. Ahora bien. Nuestro Señor Jesucristo trató este orden con una fórmula sencillísima. Dijo que debíamos amar á nuestros prójimos como á nosotros mismos. Próximo quiere decir *vecino*; segun son vecinos nuestros, deben ser amados. Observad, por tanto, que, entre las relaciones variadísimas que nos estrechan á los demás, unas existen por grados de proximidad, y otras por los vínculos que á nosotros los unen. Los más próximos son de seguro el padre y la madre, de quienes recibimos el sér; despues, el esposo ó la esposa, con quien nos junta

un Sacramento; vienen los hijos incontinenti; luego los que tienen de común la sangre con nosotros ó afinidad de parentesco, son más vecinos que los extraños. Entre éstos están más cercanos los que forman con nosotros el municipio, después la provincia, y luego el Estado á que pertenecemos, que los que corresponden á otro municipio, á otra provincia y á otro Estado. En su virtud, cada uno ve que, para la ordenación de la caridad, debemos querer primeramente á los parientes más inmediatos, así como á los conjuntos, á los afines y á los propios conciudadanos, más que á los que no son nada de todo esto, sino extraños.

Advertid, sin embargo, lectores, que, además de las relaciones de orden natural pueden existir otras de orden más elevado. Los que nos están unidos por un vínculo de fé y de religion, hallanse más cercanos á nosotros que los que no tienen con nosotros tal enlace. Un católico que posee nuestra fé, es más prójimo nuestro que un protestante; y un gentil, que no tiene de común con nosotros siquiera el vínculo del Bautismo, está más lejano todavía que un protestante.

Esto entendido, ¿en qué grado de vecindad está la patria por lo que hace á nosotros? Contiene, por punto general, nuestros parientes, nuestros consanguíneos y nuestros afines, como también los que forman juntamente con nosotros el municipio, la provincia y el Estado. ¿Cuáles y cuántas relaciones! ¿Cuán obligatorias, cuán íntimas y cuán suaves! Todos ven, por tanto, cómo y cuán razonablemente ha de ser para nosotros querida. Si además se halla en ella la comunidad de la verdadera fé y de la verdadera religion, la patria resulta diez veces más amable, porque nos unen á nuestros conciudadanos también los vínculos sobrenaturales de la gracia.

Suponed que entre los de nuestra patria hay heterodoxos, y entre los extranjeros personas que tienen común con nosotros la verdadera fé: ¿cómo se deberá entonces ordenar el amor? Ciertamente aquí nace un conflicto, muy difícil de resolver. Por

dulces que sean los afectos de la naturaleza, son más poderosos los de la gracia. Con los ciudadanos de la patria terrena, si son heterodoxos, la union es solamente temporal; con los que pertenecen á la Iglesia, por su índole misma, es eterna. Digámoslo claramente. Los católicos están unidos á los católicos con el vínculo de la fé, de la ley, y frecuentemente de la caridad sobrenatural. Tienen las mismas esperanzas para el porvenir, la misma Madre, que es la santa Iglesia, y el mismo Padre, que es Dios. Están, por consiguiente, reunidos en una sociedad más perfecta que la formada por relaciones del parentesco, del municipio y del Estado. ¿Qué harán, pues, los católicos sometidos á tan dura prueba? No desobedecerán á sus legítimos superiores, porque saben que se deben obedecer, según el Apóstol, *etiam dyscolis*. No conspirarán contra su patria, porque saben que no han de infringir los deberes que la misma naturaleza inculca por lo que hace á los propios conciudadanos. Seguirán, por el contrario, cooperando de acuerdo con los mismos para cuanto puede ser útil á la patria: sólo cuando vean que sus compatriotas hacen la guerra contra otros fieles, sin que medien razones de Estado, ni ventajas terrenas, sino para suprimir la religion verdadera, se guardarán bien de ofrecer su brazo, y universalmente de suministrar algun auxilio á empresa tan abominable. ¿Y la patria en este caso? Primero es la religion y Dios; después la patria terrena. Realmente, ¿quién merecería el título de católico si no prefriese ver más bien humillado su propio país, que verlo floreciente y glorioso sobre las ruinas de la Iglesia de Cristo?

De donde se deduce cuán necia, por no decir otra cosa, es la conducta de determinados gobiernos de la época presente que, dirigiendo sus armas contra la Iglesia de Dios, enajénanse la voluntad en sus propios Estados de millones de almas católicas. Esto es, sin embargo, lo que hace Alemania con sus leyes prepotentes é inicuas; lo que hace Rusia oprimiendo atrozmente la desventurada Polonia; y lo que haciendo está Italia implantando el protestan-

tismo, el *volterianismo*, y persiguiendo de mil modos á la Iglesia. ¡Destruyen el amor y la concordia que sería tan íntima y sincera en los países donde florece, como en Italia, la unidad de la fé, como en los países heréticos destruyen aquella armonía sólo posible con el reconocimiento de los derechos católicos y la franca tolerancia de su culto! Haced que lo entiendan así los francmasones furibundos, los cuales, con tal que pudiesen desahogar su vil rabia contra Cristo y su Iglesia, pegarian fuego á la tierra por sus cuatro costados.

Por otra parte, ¿que quiere decir *amar á la patria*? Si algo significa, vale tanto como querer su dicha, y procurársela por todos los medios posibles. Ahora bien: hé aquí un gravísimo error, que se ha hecho casi comun. En lugar del verdadero bien de la patria, se busca uno que por regla general es sólo aparente, y con frecuencia verdadero mal. ¿Cual es, realmente, el bien máximo esencial de una nacion, y por lo tanto de una patria cualquiera? Generalmente se juzga tal la multitud de las riquezas, la seguridad de las defensas, el comercio floreciente, la abundancia, y la vida alegre proporcionada en lo posible á las personas de todas las condiciones.

Como no es mi ánimo exagerar, admito que, aun éstos, á lo ménos en determinada medida, son bienes que han de procurar y promover con solicitud aquellos á los cuales corresponde la cosa por su oficio. Engañaríase, sin embargo, del todo quien los juzgara los bienes mayores, sumos y esenciales de una nacion. El bien de una nacion, por lo que hace á los que la rigen, está esencialmente en que la justicia informe todas las dependencias del Estado, como leyes, tribunales, administracion, impuestos, guerra, paz, diplomacia, ejércitos, hacienda é instrucción, porque sólo esto conserva la tranquilidad del orden. Por lo que hace al pueblo, su bien máximo es la honradez difundida en todos los órdenes y profesiones. Honradez que, fundada en los principios de lo verdadero y de lo justo, presida á las artes, al comercio, á las profesiones científicas ó li-

terarias, á los soldados, á los campesinos, á los señores, á los criados, á las familias, y á los individuos, corriendo, en fin, á guisa de sangre vivífica, por las venas de todo el cuerpo social. Como ni lo uno ni lo otro se puede conseguir sin el fundamento de la religion, en los países irradiados por la luz cristiana mediante la Iglesia, el Estado, compuesto de hombres que reconocen á Jesucristo y á nuestra Madre, se debe apoyar en ella con fiadamento. Digo apoyarse, porque claro es que no corresponde al Estado hacerse maestro de una religion cuyo Fundador quiso expresamente que tuviera sus peculiares ministros: lo sostengo en el sentido de que de los sacerdotes de la religion reciben las enseñanzas y la direccion que por deber y oficio deben proporcionar, aprovechándose de ellas. Léjos de combatir, deben estar prontos á favorecerlas ó ayudarlas, con auxilio y autoridad de las leyes civiles. Quien comprende así el amor á la patria, comprende algo de las cosas humanas; quien así no lo entiende, nada entiende, por mucho que hable de patria ó de bien público.

Por nuestra gran desventura, los grandes amadores modernos de la patria pertenecen á este número. Con la patria se hacen un ídolo que aman segun el uso pagano. Por la patria ven sólo un primado científico y literario que oscurece las demás naciones; un predominio material de fuerzas que sirva para tener á otros, no sólo en respeto, sino en temor; una desmesurada riqueza que dé lustre y esplendor, sirviendo para deslumbrar á los Estados circunvecinos. En su virtud, sacrifican á este ídolo familias y particulares, poniendo en pié de guerra ejércitos innumerables; por este ídolo desgarran á los pueblos y los desangran con contribuciones de toda clase; por este ídolo municipios y provincias hacen gastos de lujo insoportable; por este ídolo se fundan escuelas sin fin, á las cuales condenan artesanos, muchachos y campesinos que no tienen tiempo ni modo de concurrir á ellas; por este ídolo se levantan todos los dias nuevos teatros, se promueven fiestas ó banquetes públicos, y se disponen

diversiones de todas clases para que aún los mendigos puedan participar de ellas. Logrado todo esto, se toca el empuje con el dedo. Los agitadores que se han despeitado para procurar estas maravillosas ventajas, son grandes patriotas que consiguen gran fama; en compensación de su celo obtienen los principales sitios en las administraciones y en el gobierno. Cuando una ciudad se ha hecho insigne por tales agitaciones, hállese á la altura de los tiempos, y da indicios de amar ardientemente á la patria. Por último, cuando un gobierno se agita no poco á fin de promover en todo su Estado semejante orden de cosas es patriótico por excelencia. ¿Y dónde se hallan entre tanto los bienes que se deberán apetecer y procurar á la patria? Es poco decir que son olvidados, debiendo añadirse que quedan excluidos, ó impugnados, porque se quieren proscribir de la sociedad con deliberado propósito. Quien no quiere la causa, no quiere los efectos; quien no quiere la religion, no quiere la justicia, ni la honradez natural, que sólo de ella pueden provenir. Como los modernos patriotas no quieren absolutamente la religion, no sólo no procuran á su patria beneficio de ninguna especie, sino que más bien la pervierten, la echan en el abismo y la conducen á su ruina.

Dejando aparte las heridas que hicieron á la Francia los grandes patriotas del ochenta y nueve, reduciéndola á una permanente carnicería hasta que la salvó de las matanzas el despotismo militar, así como lo que hace en nuestros días el gran patriota de Alemania que llámase Bismark, el cual destruye en aquella infeliz nacion todos los diques que aún oponen obstáculos al socialismo, vemos en nuestra patria cuál es la dicha que nos proporcionan los grandes patriotas que han constituido la unidad suspirada. El falso amor á la patria, de que hacen profesion los ministerios que con frecuencia se suceden, ha aumentado el ejército, multiplicado las escuelas, promovido las diversiones y las comodidades de la vida con todo ardor; pero ¿qué ha conseguido realmente? Por confesion de los mis-

mos patriotas, desordenar todo lo que han tocado. Disminuido el sentimiento religioso, el pueblo se corrompe y embrutece cada vez más. Consume en diversiones y desarreglos las fiestas que no pasa en los ejercicios del culto, con daño imponderable de las familias, que van á ménos y se arruinan. El latrocinio se hace comun al operario, al tendero, al campesino y á la mala mujer. Al latrocinio se unen la blasfemia y la disolucion, que cambian las ciudades en burdeles. La cultura separada de la religion en los colegios, en los Liceos, en las Universidades, nos da una multitud inmensa de empleados, médicos, jueces y magistrados que se abandonan á las estafas, á las rapinas, al despojo de los demás, y á las concusiones. El comercio, por mucho que tenga los ojos abiertos, está expuesto siempre á quiebras dolosas, á estipulaciones usurarias, y á engaños que lo ponen á cada momento en la calle. En las familias se disuelven todos los vínculos que las tenian unidas. Hijos desnaturalizados se rebelan contra sus padres, y los envian ántes de tiempo al sepulcro. Padres inhumanos arruinan con sus vicios las casas, y pervierten á sus hijos con sus escándalos. Los criados se tornan infeles, y los señores injustos. No hablo de la juventud, porque la gangrena llega al último extremo. Las clases más elevadas se arrojan con tanto ímpetu á los vicios, que tenemos ciudades donde los jóvenes de buenas costumbres constituyen una excepcion. Son tan frívolos, ligeros, inmundos é ignorantísimos, que cuando han hablado groseramente de teatros y súciamente de lupanares ó de bailarinas, su ciencia ha llegado á su término, y no están ya en el caso de poder hablar una palabra. En las clases más ínfimas se revuelven los jóvenes en vicios más abyectos todavía: blasfemias é impiedades groseras de continuo en sus lábios; odio cruel á la Iglesia y á sus ministros; obscenidades llevadas, por decirlo así, en la palma de la mano, y sobre todo completa rebelion á las autoridades. Ni hay medio de sustraer á esta perversion á las mismas muchachas. Jovencitas que, educadas en un

monasterio ó en una familia cristiana, hubieran llegado á ser el ornamento de una ciudad, el decoro y la salud de una familia, educadas segun lo están, vienen á ser la peste y la desolacion de aquélla. No tienen conocimiento ni sentimiento de Dios, ni del alma, ni de la vida futura. Gracias á su religion que no practica, á su moral que no conoce reserva, y á una educacion que no tiene restricciones, juzgan su vida un perpétuo solaz. Músicas, bailes, diversiones, viajes, tertulias, galas y amorfos, constituyen las grandes ocupaciones de su existencia. Víctimas al presente del mundo, y esclavas de los sentidos en el porvenir, sólo podrán llegar á ser tizonas del infierno. Que tal es la condicion infelizísima á que los grandes patriotas de hoy reducen la Italia, lo dicen claramente las estadísticas de las prisiones, de los divorcios, de las quiebras y de los siniestros que nos dan todos los años un número creciente de una manera espantosa.

Ahora pregunto: ¿se puede llamar con exactitud amante de la patria al que promueva tal orden de cosas? ¿No es, por el contrario, su enemigo, su azote y su ruina? Por lo que á mí hace, creo que una irrupcion armada de bárbaros ni con mucho haria el daño que hacen los referidos; porque, si bien harian saltar alguna cabeza por el aire, maltratando algun cuerpo, no corromperian toda una generacion, de cuyos vicios Dios sabe cuántas otras participarán.

En su virtud, podeis hacer vuestra composicion á fin de hallar la norma para distinguir los verdaderos patriotas de los fingidos, y los amigos de los enemigos. Grandes traidores de la patria son la multitud de felones que, con toda clase de actos y crímenes, violencias y engaños, han llevado la Italia á este abismo. Grandes traidores de la patria son las turbas de periódistas que, usufructuando tal estado de cosas con toda suerte de sofismas é impiedades, extienden y dilatan cada vez más la obra de la perversion social. Grandes traidores de la patria son los empresarios de los coliseos que, especulando con la disolucion y la impiedad, animan

al vicio con malos ejemplos, lo hacen popular y destruyen todo freno de honradez natural. Grandes traidores de la patria son los novelistas súcios, que llevan al seno de las familias el veneno y la podredumbre de sus infames obras, arrebatando á la juventud la inocencia, el pudor á las mujeres, y á todos la conciencia.

Por el contrario, los verdaderos patriotas son los que hacen todo lo posible para impedir maquinaciones tan inicuas, y que si no pueden destruir el mal, á lo ménos procuran con ahinco atenuarlo. Para claramente decirlo, son patriotas insignes los Da Casorio, los Cottolengo, los Anglesio, los Bosco, que arrancaron al ocio y al vicio á tantos jóvenes, encaminándolos al trabajo y á la piedad. Insignes patriotas son los Hermanos de la Doctrina cristiana y los preceptores de jóvenes operarios, que los educan para Dios y el trabajo. Son los religiosos que en las escuelas y colegios salvan aún á bastantes jóvenes de la corrupcion que inunda. Son las religiosas, tan desatendidas, que recogen y purifican con la religion las víctimas inmoladas por la incontinencia de otros. Finalmente, son verdaderos patriotas los ciudadanos que, con la práctica del Evangelio, ilustran las ciudades y las familias, no dejando con su ejemplo y poder que toda bondad decaiga, ni que toda verdadera religion se arruine. Sé muy bien que no tienen la costumbre de pronunciar en alta voz el nombre de la patria; pero sé tambien que son los únicos que la quieren de veras. Servíos, lectores, de su criterio para juzgarlos, y sobre todo de sus ejemplos para imitarles.

II. Otro acto novísimo de caridad, que se abre paso entre los mundanos, merece tambien algunas palabras. Domina hace algun tiempo la costumbre de ejercer la caridad *con las tertulias, con los bailes, con las representaciones teatrales* y con otras fiestas semejantes. ¿Debe reputarse de buena ley la caridad así ejercida? Para responder, claro es que la cuestion sólo puede surgir cuando se trata de diversiones honestas en sí mismas; si no, la cuestion dejaria de ser tal. Robar con el fin de hacer limos-